

Entraban vestidos de corto; el calañés ladeado y al aire la coleta; afeitado el rostro; sin corbata el diminuto cuello albo de la camisa en cuya pechera aovada de bordados, titilaban los brillantes grandes como garbanzos, los corales como comienzos de hemorragia, las perlas como colmillos de áspides escondidos que les devoraran el pecho traicioneramente. Entraban repartiendo saludos y golpeando el piso con los bastones; los dientes al descubierto por el rictus de la sonrisa, ensortijados los dedos de las manos, el botín de charol lustroso, el pantalón ceñido; en el chaleco bajo, la gruesa cadena de oro, oscilante y rompiendo en las facetas glaucas de sus pasadores de esmeraldas, la luz cruda de los focos incandescentes de la casa; la chaqueta, negra, de pelo; los ojos más negros aún, expresivos y apasionados, de árabes ociosos que se perecen por la hembra, por el caballo, por las armas y por las fieras.

En paseo de triunfo convertíase la entrada, llamados y saludados de mesas y admirados de hombres, mujeres, músicos y camareros. *Ravioles* mismo con ellos se humanizaba y los gendarmes pegábanse á la pared por no estorbarles el paso. Ellos, ufanos y orgullosos, habituados al victorioso desfile de la plaza, crecíanse ante las auras de simpatía, recorrían la cantina, el salón de baile é iban y ocupaban la mesa redonda del rincón, pedían manzanilla y tabacos, servíanse sus "cañas" é inauguraban una charla ruidosa, seguros de rematar siendo blanco de miradas, centro de la reunión, ornato y gala de la fiesta. Así remataban, en efecto, circundados de mu-

chedumbre de personas, de las mozas del partido, muy principalmente ¡Qué difícil hacerlos bailar! Desdeñaban los contoneos de la danza, desdeñaban admiradores y adoradoras; y conforme vaciaban "cañas" del vino de su país, parecía que el tal, de la cabeza sólo la memoria les invadiera sin perturbarla, antes sacando á orear en sus arábigos ojos los melancólicos recuerdos, las ternezas de la tierra, los amaneceres de los cármenes de Andalucía y los anocheceres junto á la reja de las Cármenes andaluzas. El menos desafinado de la cuadrilla rompía el canto y los demás rompían á *jalearlo* con los bastones sobre el piso, con las "cañas" sobre el mármol de la mesa, con palmas, oles y palabras cortadas, de estímulo:

—¡Anda... güeno... dale ya!... ¡arza y toma!

Todos cantaban, alternados, en una especie de justa sentimental y poética; quién hablando de la madre, quién de la novia, quién de cárceles; casi todos de muerte y cementerios; identificándose con su canto, por él desdeñosos de amigos y enamoradas; á los comienzos, con el pueril deseo de cosechar aplausos, ligeramente teatrales; después, posesionados de nostalgias, cerrando los ojos al brotar de sus gargantas los versos intensos, para mejor verse por dentro lo que por dentro les bullía y ahogaba. "El Jarameño" no perdía su gravedad de "matador de cartel"; concretábase á beber y á dictar fallos que los otros acataban:

—Eso está en el orden ¡ajo! Por tí, tú! eso es cantarse una malagueña...

Sabedora Santa de que "El Jarameño" concurría al Tívoli por ella y nada más que por ella

en vez de acercárseles lo vedaba formalmente á su encopetada escolta:

—Uds. si lo apetecen, vayan á oírlos; yo me quedo en mi mesa. Me carga tanto *cante flamenco*...

Por supuesto que mentía al declarar que la cargaban los cantos de los toreros ¿mal respondería, si la cargasen, á los requiebros de los gomosos? ¿habría de estarse con la copa de champaña en suspenso? ¿habría de entristecerse y aun de suspirar según suspiraba y se entristecía?... “El Jarameño” volvíase de tiempo en tiempo á Santa, quien, cobarde siempre, hurtaba el suyo de aquel mirar y se encogía de hombros, cual indicio de que no la conquistaban.

Hipólito, cuando por excepción había aguantado el chubasco de canciones, partía de improviso, sin despedirse de *Ravioles*, que tampoco apreciaba mucho que se diga el repertorio de “El Jarameño” y socios; entre los dos pelaban vivos á los *diestros*:

—Yo soy de tierra de óperas, Hipo, y esos quejidos me desagradan...

—Pues á mi me revientan, *Ravioles*, los quejidos y los quejumbrosos, los quejumbrosos sobre todo... Me largo, porque si no...

E iracundo, blandiendo el cayado agarrábase de un hombro de Genaro, soñoliento y sin descruzar los brazos, que, á falta de abrigo, servíanle cruzados de agujereado escudo contra el friísimo cierzo de la madrugada.

—¿Nos vió Santita, Genaro?—preguntábale Hipólito en la calle desierta.

—Ya lo creo que nos vió, desde que entramos.

—Mejor quisiera que no nos hubiera visto. ¿Qué dirá de mí?...

Daba Genaro la callada por respuesta, que no alcanzábasele por qué le preocuparía á Hipólito la opinión de una mujer del calibre de Santa.

—¿Eres mudo?—insistía el ciego colérico—te pregunto que qué dira de mi Santita?

—Aclárelo Ud. mañana ¡yo qué sé!—concluía Genaro arriesgando un pescozón que infaliblemente le propinaban por contestaciones semejantes.

Y muy en silencio entrambos, tan en silencio como las calles desoladas, seguían su camino hasta la de San Felipe Neri, en que habitaban frente al teatro populosa casa de vecindad de ancho zaguán arcaico, por sus años hundiéndose en la acera, de enanos entresuelos y balcones volados de recios barandales en su tercer piso.

En cuanto Hipólito se eclipsaba tornábase Santa más libre y benévola respecto de los *cantaores*, con quienes por final fusionábanse los de la mesa aristócrata, prolongándose la parranda á puerta cerrada, después de clausurado el establecimiento en atención al alba que se introducía á sorprenderlos por el jardín, y á las curiosidades de madrugadores que en las afueras se paraban á considerarlos. A la carrera disolvían su reunión; avergonzados los unos de los otros, de sí mismos algunos. Sólo las mujerzuelas y los toreros se marchaban tan campantes, connaturalizados con lo que signifique desórdenes y excesos. Despedíanse al borde del empedrado; las mozas amodorradas, escapándoseles

el mantón de los hombros, la cabeza reclinada en la espalda del cortejo; los toreros, confiados con los señoritos, alargando las familiaridades y tuteos que las copas bebidas en compañía consigo traen, ó terminando discusiones técnicas aparte del grupo, recargados en el muro los dos ó tres contendores enardecidos, ceceando eses y zetas, á punto de morderse las caras afeitadas. Los señoritos se desprendían corridos, en positiva rota de hueste vencida.

Santa, en más de una madrugada de éstas, creyó haber visto, pero haberlo visto en sueños, que Hipólito, como si hubiese estado en espera de la salida de ella sin duda y lo abochornara que lo pillaran en maniobra tan inexplicable é inusitada, huía precipitadamente, azuzando á Genaro que cruzado de brazos tiritaba de frío y trotaba, trotaba tirando de su amo cuya silueta casi grotesca destacábase con perfiles de grabado al agua fuerte, de las tonalidades opacamente grises que el polvo de luz de la alborada derramaba en el plumizo blanco del pavimento. ¡Pues no había de huir!... intentaba poner en cobro su cuerpo cubierto de pobrisimo pergeño, intentaba que con otros lo confundieran sin sospecharse que ello era imposible, que demasiado que se le reconocía por su lazarillo y por su inseguro andar de ciego: echando el busto hacia atrás, apoyando el bastón muy adelante, y los piés muy desconfiados aun en medio de lo precipitado de su retirada. De verlo, experimentaba Santa honda conmiseración interna no desprovista de sus relieves de agradecimiento y delicia; y si, lo que á menudo acaecía en los tumultuosos adioses, á

la sazón le repetía "El Jarameño" su continua pregunta:

—¿Cuándo, Santa?...

—¡Nunca, nunca!—respondíale ella con la mayor resolución y entereza.

Sucedió, que una de esas noches de borrasca en el tivoli, apenas instalada Santa con su destacamento de gentiles-hombres en la mesa conquistada á pródigas propinas; una noche en que el ídolo sentíase contenta de veras, casi dichosa, y sus idólatras la festejaban con más rendimiento quizá que de ordinario, todos disputándose sus besos á nadie escatimados por sus labios rojos, tentadores y frescos, que se dejaban aplastar de los labios masculinos que se les ayuntaban secos, ardientes, contraídos de lúbrico deseo; todos de ella hambrientos, lo mismo el de turno, que el de la víspera y el del día siguiente;... una noche excepcional, en que Santa considerábase reina de la entera ciudad corrompida; florescencia magnífica de la metrópoli secular y bella, con lagos para sus arrullos y volcanes para sus iras, pero pecadora, pecadora, cien veces pecadora: manchada por los pecados de amor de razas idas y civilizaciones muertas que no legaron el recuerdo preciso de sus incógnitos refinamientos de primitivos; manchada por los pecados de amor de conquistadores brutales, que indistintamente amaban y mataban; manchada por los pecados de amor de varias invasiones de guerreros rubios y remotos, forzadores de algunas de sus trincheras y elegidos de algunas de sus damas; manchada por los pecados complicados y enfermizos del amor moderno... noche en que Santa sentía-

se emperatriz de la ciudad históricamente imperial, supuesto que todos sus pobladores hombres, los padres, los esposos y los hijos, la buscaban y perseguían, la adoraban, proclamábanse felices si ella les consentía arribar, en su cuerpo de cortesana, al anhelado puerto, al delicioso sitio único en que radica la suprema ventura terrenal y efímera... prodújose inesperado incidente.

—¿Qué fecha es hoy?—inquirió—¡jamás me había sentido tan contenta!

Y en el propio momento vió penetrar á la cantina, de negro vestidos, á Esteban y Fabián, sus dos hermanos, que no había vuelto á ver después de agraviarlos.

Al punto descubrieron á Santa, incensada por un puñado de príncipes sin trono que formaban regia corte de corbatas blancas y casacas de etiqueta. A pesar de la diferencia de trajes, los obreros no se atemorizaron. Decididos, adelantáronse á la mesa sin apartar su vista de Santa, que, pálida y como fascinada, saltándole de las órbitas sus negros ojazos de gacela, rechazó todos los contactos, se aisló dentro del grupo y con el pecho palpitante, entreabierta la boca, arrinconada contra la pared, aguardó!...

—Santa,—pronunció secamente Esteban,—venimos á hablar contigo.

No se levantó una sola protesta de la parte de los caballeros; la que se levantó fué Santa, humildísima, tropezando aquí y allí con los codos en ángulo y los pies extendidos de la media docena de amantes que la circuían. A mitad de la cantina se detuvo, titubeante, mirando á la calle y mirando al jardín.

—Aquí nó,—les dijo á sus hermanos, dando con el pie en el piso de la cantina,—mejor aquí, donde no nos oigan.

Y al jardín saliéronse los tres; adelante Santa, alhajada y cubierta de raso; atrás Fabián y Esteban, enlutados.

Los tres se juntan en el jardín bien iluminado por su foco de arco y por los haces de luz caídos de puertas y ventanas encima de su césped marchito. De cuando en cuando, lo cruzan por una esquina rápidos camareros, conduciendo platos de manjares calientes que humean y dejan en el aire aromas de comida. Allá, lejos, dos bultos hablan, y el eco de lo hablado se esparce y flota ininteligible. Asido á un árbol, un borracho probablemente, muy agachado, á punto de perder su equilibrio mira á la tierra con terquedad y fijeza alarmantes. De los gabinetes y de la cantina,—hasta del salón de baile,—parten carcajadas, taponazos, armonías. Y de la fuentecilla del centro, cuyo chorro escurridizo y débil simula lágrimas incontenibles de honda pena desahuciada, el sonido que brota acongoja con sus balbuceos.

Esteban, el mayorazgo, es el que habla; Fabián asienta y Santa ve á entrambos.

—No temas que nos detengamos mucho y te hagamos perder tus ganancias... Hemos venido desde el pueblo, porque lo creímos nuestro deber... llegamos en el viaje de las 8 y 40 y hemos tenido el valor de andar buscándote en todas esas casas puercas, como la que vives... ¡indecenel!... ¡Ah! dispensa, ya no nos importa lo que seas y no volveré á insultarte; allá te las hayas,

solita tú... Bueno, pues nos perdimos y nos cansamos y nos han sacado el dinero tus... digo, las pobres mujeres esas, para cervezas y para anisados y para demonios... En unas partes no te conocían, hasta que en otra nos dieron las señas y llegamos adonde vives y en donde ¡mal haya el alma! se rieron de nosotros de lo lindo. Si no es por un ciego que se levantó de un piano y nos preguntó si de veras éramos tus hermanos, los que trabajamos en una fábrica de Contreras... ¿cómo diantres sabe ese fenómeno todo eso? ¿se lo has contado tú?... ¿por qué no nos contestas? *(medio humanizado ante la actitud de Santa, que ni la cara alza)*... Bueno, pues ése nos sacó de la sala y en el patiecito, hasta que no le prometimos éste y yo, bajo palabra de honor ¿verdad, tú? *(por Fabián, que aprueba con la cabeza)* que no veníamos con ánimo de hacerte nada, nada de malo, se entiende, hasta entonces no nos explicó esto del *tiguli*... ¿qué cosa es tuyo ese señor, eh?...

Persistió Santa en su mutismo, porque no se le calmaba el corazón ni la garganta andaba muy lista. Presentía algo extraordinario y grave en lo que sus hermanos iban á participarle y no osaba ni variar de postura; prefería estarse así, quietecita y humillada, á ver si lo de la notificación, en que ella procuraba ni pensar á las derechas, apiadábase de ella y por medio milagroso y compasivo se convertía en otro suceso que le doliera, sí, que la lastimara, mas no tanto como la lastimaba y dolía, de sólo pensar en él, aquel que de antemano sabía ser verdad, verdad inexorable, desgarradora.

—Bueno, Santa,—continuó Esteban á poco, de súbito conmovido y espetando la noticia tremenda sin atenuaciones ni circunloquios,—madre ha muerto!.. anteanoche, muy tarde, y hoy la sepultamos, allá, en nuestro cementerio, junto á don Bibiano y el hijito de Angela, entrando, á la izquierda, abajo de la enredadera de malvones y muy cerca de la esquina en que sembró don Próspero la mata del saucito ¿te acuerdas?...

No le fué dable á Esteban continuar el fúnebre relato, ni á Fabián y Santa el escucharlo. Inconscientemente, buscáronse sus manos y se replegaron á la pared, en la que Santa recargó su espalda semidesnuda por el escote del rico vestido, y Fabián y Esteban sus hombros robustos de trabajadores. Los tres lloraban; los dos hombres, llanto sereno, sin pañuelo, de escasas lágrimas gruesas que resbalan despacio y despacio se internan por entre los pelos de las barbas recias, y Santa, llanto de mujer que sufre: muchos sollozos que la sacudían y muchas lágrimas, muchísimas, que por haber empapado su pañuelo de encajes, enjugaba con el forro acolchado de su espléndida "salida de teatro" de raso y seda. Uno de sus adoradores de frac, asomó por la puerta de la cantina con ánimo de averiguar el paradero de Santa, y al advertir á distancia el cuadro, sigilosamente retornó á su puesto. El ebrio asido al árbol, ya no miraba á la tierra; presa de alcohólicas bascas, con asqueroso rumor arrojaba inmundos líquidos. La orquesta del salón, repetía sus danzones; sus gritos y risotadas, los inquilinos de los gabinetes, y la fuentecilla del centro del jardín, insis-

tía en aventar á enana altura su chorro débil y escurridizo.

Serenóse Esteban el primero y reparó que Santa les tenía cogidas las manos. Desprendióla de él, obligando á Fabián con el movimiento, á que hiciese lo propio. Santa comprendió y retiró las suyas, con que se cubrió luego el rostro sin parar en su lloro. Aunque apesadumbrado Esteban con la evocación de su orfandad reciente, reflexionó en lo que Santa era,—que bien lo publicaban el lujo y la riqueza de su atavío; recorrió las postrimerias tristes de su vieja Agustina, muerta inconforme porque su hija no estaba á su lado en su agonía poco quejumbrosa de aldeana, y no le cerraría, piadosamente, sus ojos rugosos y cegatones desde que en vano buscaban á la extraviada, como piadosamente se los cerraron él y Fabián su hermano. Revolvieron tales recuerdos en Esteban sus mal ocultas iracundias, y volviéndose á Santa, percatado de que ya algunos ociosos husmeaban un suceso anormal y de lejos procuraban determinarlo, díjole de prisa, fruncidas las cejas, la entonación ronca:

—Madre no te maldijo ¡pobrecita! antes te llamó ¿comprendes? te llamó y nos previno que te dijéramos, si volvíamos á verte, que te perdonaba todo ¿oyes?... ¡¡¡todo!!!... y que su bendición de moribunda, le pedía á Dios que te alcanzara y protegiera igual que á nosotros, que de rodillas la recibimos... Ya cumplimos y ya nos vamos... Si madre, por ser madre tuya también, no te maldijo, nosotros sí!.. No nos busques ni nunca ¿entiendes? nunca te ocupes de nosotros,

hazte el cargo de que también hemos muerto... y Dios que te ayude, infeliz! ¡Fabián, vámonos!

Y los dos hermanos implacables, salieron del establecimiento infame por la puertecita de su jardín, rectos, vengadores, solemnes; sin detenerse á mirar á Santa, falta de palabras ó con qué defenderse y que quiso salir tras ellos, implorarles que no la maldijeran, que le tuvieran,—no cariño, nó, si no lo merecía,—que le tuvieran lástima...

Sin importarle lo que pensasen ó dijesen sus amigos adinerados, salió á la calle. No divisó á sus hermanos; la ciudad voráGINE se los había tragado...; y conforme unos minutos antes Santa sentíase reina, emperatriz y dichosa, ahora sentía lo que en realidad era: un pedazo de barro humano; de barro pestilente y miserable que ensucia, rueda, lo pisotean y se deshace; mas ¡Dios mío! ¿por qué los barro impuros como ella, tenían un corazón y una conciencia?... Tan miserable se sintió, que agarrada á la reja de una ventana púsose, instintivamente, á contemplar estrellas, estrellas del cielo, única región de la que podía venirle alivio...

El cual de muy abajo le vino, de Hipólito, que en cuanto acabó de tocar en el burdel colóse en el tivoli y de no hallarla con los señorones, de saber por boca de *Ravioles* el aparecimiento de los dos enlutados y el desaparecimiento de Santa, que sé yo qué enormidades se dió á imaginar. Ello es que se disparó á caminar calles, las adyacentes al tivoli y á los prostíbulos, pues caso que á Santa no le hubiese ocurrido una gran desgracia, en ellas la encontraría: